La muerte y resurrección de Jesús y el pueblo crucificado y resucitado

Carina Furlotti

En el segundo Espacio de Escucha, organizado por Amerindia Uruguay, conocí al colectivo Familias Presentes, una organización civil integrada, sobre todo, por familiares de personas presas en nuestro país. Llevada adelante mayoritariamente por mujeres, la elijo para leer desde ella la realidad de muerte y de vida que nos ofrecen, como luces en la oscuridad del túnel, a decir de Gustavo Gutiérrez[1].

> "Al principio empezamos pensando que en realidad nuestra lucha era por mejorar las condiciones de la cárcel. Y en el proceso nos fuimos dando cuenta que también la lucha tenía que ser por mejorar las condiciones en las que transitamos la cárcel, los familiares. Y esto para nosotros es una cuestión importante, porque naturalizamos a tal fin la violencia que a veces no nos importa con tal de que el familiar que está dentro pueda estar mejor."[2]

Estas familias, cuando recién se enfrentan a la cárcel, entienden que deben aceptar cualquier cosa porque se lo merecen por tener un hijo, un esposo, un hermano preso. La culpa, el sentir que algo hicieron mal, la vergüenza, las lleva a transitar la fila para poder entrar sin vincularse unos con otros, y aceptar lo que sea con tal de ver a sus familiares. Esta realidad la viven también niños y adolescentes, y es por ello que algunos toman la decisión de no llevarlos más, acentuando las distancias entre quienes están presos y sus familiares menores a quienes dejan de ver, incluso por años. Y si se suma la falta de dinero para pagar el transporte, se hace inviable la cercanía y las visitas. Podemos pensar esta situación a la luz de la pasión de Jesús como Siervo sufriente, "se humillaba y no abría la boca, como cordero llevado al matadero" (Is 53, 7). De algún modo es la experiencia de muchas familias que naturalizan la violencia del trato, porque sienten, -y les hacen sentir-, que de algún modo se la merecen por lo que hicieron quienes están presos.

---

[1] Gustavo Gutiérrez, «Como luciérnagas», *Signos,* 1992. Esta imagen nos acompañó a lo largo de los dos encuentros organizados, que tuvieron como objetivo reconocer esas luces de esperanza en experiencias concretas.

[2] Las citas corresponden a la transcripción del testimonio ofrecido en el panel por dos integrantes de Familias presentes. El encuentro de Amerindia se realizó en Montevideo, el sábado 5 de setiembre de 2026.

En el panel nos contaron que hay investigaciones, -no en Uruguay aún-, que señalan que quienes sostienen el acompañamiento en la cárcel son las mujeres:

> "Dejamos de ir al médico, de hacernos los chequeos médicos, dejamos de participar de la comisión en el momento de la escuela, o de la iglesia, o del estudio deportivo, o del espacio que fuera donde participaba, porque la problemática en sí, más la vergüenza, la culpa y el miedo, desarrollamos ese retraimiento, y salir de ese retraimiento en general es como bastante más difícil."[3]

Esta situación me recuerda "la muerte lenta"[4] de los pueblos crucificados de la que habla Sobrino: expresada en la falta de cuidados de ellas mismas, y en el acostumbrarse a la violencia de la fila: sus esperas, el control, el trato, la vergüenza. Casi que es normal sufrir porque es lo que les tocó. Como en la imagen del siervo sufriente, aplicada a Jesús: "varón de dolores" (Is. 53, 3), mujeres de dolores, acostumbradas al sufrimiento. Realidad que se acentúa en el interior del país, donde al ser menos poblado y más pequeño todos se conocen. Allí ser mujer y familiar de una persona en la cárcel agrega la posibilidad de perder el trabajo y el estigma de ser mirada con desconfianza por los vecinos.

Nos decían estas mujeres en su testimonio que la realidad carcelaria es una dimensión olvidada por la sociedad; preferimos no mirar y así, no hacernos cargo. Como pasa con Jesús, también con estos hermanos y hermanas actuamos "como alguien ante quien se aparta el rostro, tan despreciado, que lo tuvimos por nada" (Is. 53, 3). Lo cierto es que en algunos centros carcelarios lo que se vive no es vida: sin atención médica, sin cuidados mínimos de higiene si no tienen una familiar que se los acerque, sin visitas en algunos casos, olvidados de la sociedad que espera que salgan de allí como hombres y mujeres nuevas, casi por arte de magia.

¿Qué puede decir a esta realidad de dolor y de lucha la crucifixión y muerte de Jesús? Cuando nos preguntamos por qué muere Jesús, aún sosteniendo en el misterio de Dios la crudeza y el absurdo del sufrimiento inocente, podemos afirmar que Dios "ha querido mostrarnos su amor" sin límites, que "nada, absolutamente nada, ha sido obstáculo para que Dios muestre su sí definitivo, salvador, irrevocable a este mundo"[5]. Y ese amor se refleja en la historia en estos otros amores capaces de soportar el sufrimiento, "amores que no tienen

---

[3] Testimonio del panel.

[4] Jon Sobrino, *Jesucristo liberador. Lectura histórica-teológica de Jesús de Nazareth.* El Salvador: UCA editores, 1991 (Impresión 2008), 424.

[5] Ibíd, 376.

límites, y la forma más clara de mostrarlo es cuando nada se convierte en obstáculo para el amor".[6]

En este amor que las sostiene en la fila, se abre camino misteriosamente la vida resucitada, porque sólo el amor salva. Un amor que poco a poco se organiza, venciendo los miedos, rompiendo el silencio que los encierra en su dolor; capaz de levantar la mirada y ver a los otros que están en la misma situación y que van buscándole la vuelta creativamente a lo que viven, para poder ayudarse:

> "Mucha gente piensa que lo primero que va a pasar es que se la van a agarrar con su familia. Nosotras pensamos que, trabajando con respeto y con esta necesidad de poder ayudar a la persona privada de libertad, no podíamos permitir que esos miedos nos frenaran. Empezamos a recorrer juntas este camino con ganas de decir: ellos también tienen sus derechos y nosotros, como familiares, también tenemos nuestros derechos."[7]

En el corazón de este colectivo que vive la muerte, también van surgiendo, como semillas, las señales de vida. Se abren resquicios, ranuras, por donde pasa la luz:

> "En cuatro años, las cosas importantes son, como palabras, juntas, pares, acompañamiento de pares, derecho al cuidado, derecho a la esperanza, visibilizar el rol de las mujeres en relación a la cárcel, visibilizar que hay infancias y adolescencias que atraviesan la cárcel".[8]

Su trabajo iniciado desde abajo, -hacia afuera y hacia dentro de ellas mismas-, se nos presenta como una oferta capaz de superar la deshumanización[9], al visibilizar una realidad desconocida y olvidada por la sociedad, tanto de las cárceles como de las familias que las transitan. Y al poner sobre la mesa que hay cuestiones que son de derechos humanos, no simples concesiones y que nos atañen a todos, en mutua interdependencia. En su testimonio señalaron que si "todos conectamos con el deseo de humanidad que llevamos dentro" podríamos unirnos a pesar de las diferencias. Creo que allí hay un atisbo de la vida nueva: conectar con lo que nos hace humanos, en cada circunstancia.

También nos recuerdan que podemos esperar un mínimo de vida digna, y de buen vivir[10], como lo refleja el proyecto "Juguemos en la fila", por medio del cual ofrecen una espera distinta y disfrutable a los niños que hacen fila para entrar a la cárcel. Estas mujeres nos

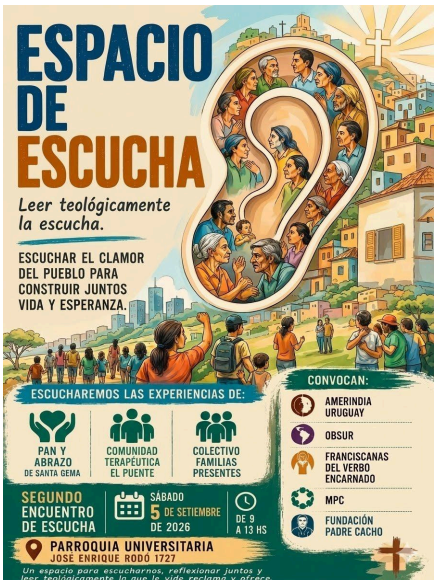
---

[6] *Ibíd.*
[7] Testimonio del panel.
[8] *Ibíd.*
[9] Cfr. Jon Sobrino, *Fuera de los pobres no hay salvación,* apuntes de clases, p. 106.
[10] *Ibíd.* p. 107.

contaban que recuperar el derecho al disfrute ha sido una conquista de su organización. Son expresiones creativas de un nuevo modo de vincularnos, de apoyarnos. Otro ejemplo es el modo en que acompañan a las familias del interior del país: cuando se reúnen se apoyan en otras instituciones locales, para no exponerlos a la estigmatización de vecinos y conocidos.

Estos logros de vida y esperanza del colectivo Familias presentes, tantos los que se expresan hacia afuera de la sociedad como los que logran en ellas mismas, -superar miedos, culpas, recuperar dignidad, cuidado y disfrute,- con expresiones de "lo que en la resurrección hay de plenitud, aún en medio de las limitaciones de la historia, y lo que hay de victoria contra lo esclavizante de la historia"[11].

Para mí ha sido profundamente conmovedor escuchar este testimonio. Y aún más rico poder releerlo a la luz del misterio de muerte y resurrección de Jesús, en nuestra historia hoy. Sobre todo descubriendo lo que, aún en medio del dolor y de la muerte lenta, me ofrecen y nos ofrecen de luz para despertar de tantas formas deshumanizantes de mirarnos y vincularnos como sociedad, y renovar desde ellos el seguimiento de Jesús de Nazaret.



[11] Jon Sobrino, *La fe en Jesucristo. La resurrección de Jesús. Resurrección de las víctimas.* UCA editores, 1999, 38.